

## Tiempo y Espacio de la Cultura

*Por el Dr. V Gabriel GARCÉS, de  
la Universidad de Quito, Ecuador.  
Colaboración especial para la Revis-  
ta Mexicana de Sociología.*

ES fácil advertir cómo en nuestros países indoespañoles cualquiera actividad humana, cualquier ramo de trabajo, dondequiera que exista el esfuerzo del hombre frente al medio que le rodea, coexisten dos o más recursos o características de esa misma acción o esfuerzo humano: el individuo que emplea su propia mano o aquél que utiliza la máquina, el que pone a prueba su habilidad o energía o aquél que dirige o controla la maravilla técnica del motor y de la rueda. Es decir, dos expresiones —y en ocasiones más— de cultura, dos edades, dos tipos, dos maneras de dominio del hombre sobre la naturaleza. Si se advierte, por ejemplo, que el tractor mecánico realiza su obra estupenda y perfecta, mientras el rudo campesino de nuestros países abre el surco con la mano o apenas con el tosco arado arrastrado por el buey, y si esta observación nos permite apreciar cómo al mismo tiempo coexisten estas dos modalidades de trabajo agrícola, bien se puede afirmar que en América —en la española e indígena— mantémos aún al pasado junto al presente de la cultura agraria. El pasado quiere decir el hombre pausado y perseverante confundido con la tierra y luchando con ella amorosamente. El presente quiere decir la máquina veloz, la técnica acabada, mecánica inteligente que realiza prodigios de aprovechamiento de energía y rendimiento. Y si extendemos la mirada penetrante y observadora, ya no solamente al campo de la acción agrícola, sino además a las zonas del vigor espiritual, al aspecto general de la cultura, quién sabe si no hallaremos esta simultaneidad de dos tiempos o ritmos, de dos

maneras de entender la vida, dos sistemas de arreglar la existencia y de adecuarla al momento cultural en que estamos irremediabilmente situados en el mundo: un modo lento, moroso, tardío, de sentir los imperativos del progreso y de satisfacer estos imperativos, y una manera pronta, eficaz y técnica de vencer obstáculos para alcanzar cultura.

Es posible entonces, manifestar que en América indígena y española a la vez, el tiempo de la cultura no se ha sincronizado realmente, puesto que frente a las determinaciones de la actualidad humana, que es de eficacia y rapidez, persiste el pasado, el ayer que es el lastre de lentitudes en el desarrollo evolutivo para nuestros países. El arraigo en el pretérito suele ser tan fuerte, tan grande, que en ocasiones la vida se torna en ensimismamiento y contemplación de aquello que cada pueblo fué en la historia, sin lograr superar el éxtasis o parálisis de energía para el dominio del tiempo.

Cuando se anota que una masa humana enorme continúa (la referencia al Ecuador es indispensable) al margen de la producción nacional y sigue como peso muerto detenido en la marcha hacia adelante, mientras minorías de la colectividad son las que hacen y deshacen patria, forman y transforman la cultura, deciden de los destinos políticos, integran élites, realizan el porvenir y escriben la historia, cuando todo esto acontece ahora mismo y sin que nadie pueda negarlo, crece la desesperanza acerca del rol que le toca al país que de esta manera vive y de este modo cumple su función vital. Es que en el fondo de un pueblo se halla coexistiendo, en absurda mezcla, el pasado y el presente, ayer y hoy de la cultura colectiva. Es que el tiempo mantiene dos ritmos y ejerce dos ímpetus diversos de acuerdo con la sensibilidad temporal de las gentes en función de la existencia común.

Por eso el pedazo de pueblo que ostenta energía dinámica y progresista se hace a la marcha por su cuenta, no obstante la retención forzosa que padece ese pedazo por la desconexión con la masa humana que se queda atrás. El ciudadano, es decir, el hombre de la ciudad, metido en afanes de nueva orientación vital, sabe que su lucha tiene que enfrentarse rápidamente para la decisión, asimismo rápida, puesto que no hay tiempo que perder. El campesino agreste —del agro— no sabe nada ni le interesa saberlo: le basta con hacer vida indiferente, pasmosamente indiferente a los menesteres de la hora febril del mundo, y este hombre vive aparte, alejado y distanciado de lo actual justamente porque vive en ritmo anterior o en edad pasada con relación al minuto cultural que todo minuto lleva consigo.

El tiempo de la cultura significa, pues, sincronización adecuada con las obligaciones que a cada pueblo le incumben. Pero el tiempo por sí

solo no representa gran cosa, si no es esta irregularidad en la marcha o este retraso desigual de los hombres y grupos respecto de su deber vital. En cambio, el tiempo aliado necesariamente con el espacio formaliza integralmente la substancia cierta y veraz de lo que ha de entenderse por cultura. Porque espacio debe reputarse como localización real del hombre y de grupo, ubicación, asiento. De tal manera que el tiempo pueda significar devenir a través de las edades y espacio, lugar geográfico o sitio en el mundo donde tal devenir tiene efecto. De otro modo: el tiempo corresponde, en el pasado, a lo que es la historia y corresponde espacialmente a lo que es la geografía. ¿Concurrirán, entonces, la geografía y la historia a determinar una cultura, entendido que se relaciona ésta con los grupos humanos, puesto que de otra suerte no hay cultura? Este es el problema que es preciso indagar con algún detenimiento.

Ya se ha manifestado que en determinados pueblos el tiempo no se halla convenientemente de acuerdo con la hora justa que toca vivir a los hombres. ¿Tendrá algo que ver, incluso para este retraso temporal la determinación del espacio en que estos pueblos viven? ¿La geografía ha sido adversa para el desarrollo de los grupos, es decir, para crear la historia de la cultura? Cuando se advierte que la llanura es siempre la más fácil para la vida y para mejorar sus normas y realidades; cuando se dice que la tierra litoral, la cercana al mar —que es la llanura mayor— es la que presta acceso sencillo al progreso, porque la rueda que es símbolo de técnica allí hace su obra con facilidad; cuando se afirma que la montaña es sinónimo de soledad y aislamiento, abandono y lejanía; cuando se expresa que la altura cordillerana es dura y hosca para el hombre y luego para la máquina; cuando tales opiniones se vierten, automáticamente se hace la comparación de dos posibilidades culturales humanas: la cultura de llanura y la cultura de montaña: aquélla resulta pronta y eficaz; ésta tardía y lenta y pesada. Es decir, en la llanura el tiempo sigue su ritmo natural y lógico; en la montaña se torna desigual y tornadizo, cambiante y mudable. En la una es fácil comunicarse porque no hay el obstáculo natural, a no ser el de la distancia, que se oponga entre los hombres; en la otra las sinuosidades de la tierra, la hondonada, la quiebra y el risco hacen más larga y más dura la comunicación, más arduo el acercamiento. La rueda que todo lo vence, lo hace más totalmente en horizontalidad o en declive ligero; la rueda es impracticable en la rigosidad absurda de la tierra alta. ¡Cuánto tiempo, computado en siglos, ha debido pasar para que la técnica domine al espacio y lo venza decisivamente!

Es evidente, por lo demás, que el proceso social de mejoramiento es viable donde los hombres pueden convivir plenamente, con facilidades, con recursos de adecuación a su medio ambiente. No se convive o si lo hace es con dificultades que demoran la virtualidad del convivir, allí donde el grupo humano se asienta en dispersión y lejanía entre sus componentes. La misma sociedad tiene su vigencia cierta cuando se traduce objetivamente en acercamiento vital de los individuos y subjetivamente, en la "recíproca influencia" —expresión de Simmel— de los espíritus que forjan unidad en la colectividad. Los pueblos señeros y adustos de la montaña, de cultura de montaña, son los menos aptos para integrar grupos homogéneos y compactos puesto que el ambiente determina un ensimismamiento individualista, concreción introvertida del yo sobre toda otra realidad socializante. La montaña es propensa a infundir en el hombre un espíritu esquivo, arisco, difícilmente dominable a los estímulos de sociabilidad: los pueblos que vivieron en montaña, en altura, lo prueban con su lentitud asociativa, que es justamente la falta de sincronía que el espacio produce en el espíritu de los hombres. La llanura, en cambio, es invitación necesaria a conectar anhelos, a amansar comunidades humanas. Lo llano u horizontal tiene la particularidad de atracción interhumana; la tendencia vertical u oblicua que determina la topografía y, si se quiere, la geografía, interfiere fatalmente en la vida colectiva para promover solamente el desarrollo de lo individual. Elevarse, aún en su concepto de desplazamiento o cambio de espacio en sentido geométrico, quiere decir actitud que no se realiza en común por lo general. La elevación en masa es nueva tentativa a planificar las cosas elevadas, a forjar llanura de distinto plano. Elevación es individualización; llanura es socialización, igualdad, horizontal común, conceptos que aplicados al plano social pueden indicar, no figuras retóricas simplemente, sino realidades exactas.

Es claro que no cabe pensar que el medio físico que rodea al hombre es el que determina totalmente su modo de ser y de vivir. Admitir aquella jactanciosa sentencia de la sociogeografía que expresa: "Dadme la geografía y os daré la historia", aceptar esto sin reservas parece excesivo. El medio físico, el ambiente, es factor de orientación humana, acomodo y adaptación que quiere decir mucho en la vida individual y colectiva. Pero ello solo no es todo. No obstante para la ejecución de los planes sociales que la cultura requiere, el espacio es cosa seria. El espacio significa, cuando menos, la posibilidad permanente del hombre y del gru-

po para vivir y convivir, si es que el medio favorece la vida y la cooperación para la vida. El espacio, en cierto modo, señala la hora, fija los minutos del hacer vital, que eso es cultura en verdad. El espacio no señala la exactitud de cada instante en relación con la marcha del tiempo, sino en relación con la marcha del pueblo. La actitud lenta de los orientales, para quienes el tiempo carece o carecía de importancia (el nirvana es abstracción del tiempo); la gestión tardía de los pueblos en donde la vida y el progreso se realizan a paso diminuto y titubeante; la manera de andar paralizados o en devaneos colectivos, que es manera indoamericana de andar, porque el ritmo de camino no es igual para todos, todo ello hace pensar severamente en que el tiempo se subordina, para la cultura, al fatalismo del espacio en que los hombres y colectividades hacen su vida.

Pero el espacio hay que entenderlo de diverso modo. No solamente como asidero físico en donde el hombre se sostiene y el grupo también. Espacio es distancia, dimensión susceptible de medida. Espacio mensurable puesto en el infinito es ajeno a las realidades humanas y resta como símbolo metafísico de especulaciones eruditas. Espacio mensurable: tal es el espacio social, así sea específicamente el espacio geográfico o el espacio humano propiamente. Ambos son espacios en función del hombre, en capacidad de dominio del hombre. La distancia que existe entre los individuos en condiciones vitales que la llanura provoca es inferior en todo caso a aquélla que existe entre individuos de la montaña. La medida podría ser un metro-tiempo, un metro-hora, si vale decir así. Los hombres, y por supuesto los pueblos de montaña, se vuelven distanciados unos de otros, ausentes unos de otros. Quiere esto decir que hay más dimensión entre espíritus, que es lo que realmente acerca a los seres y a las sociedades; hay más espacio, más distancia. Para unirlos, para mancomunarlos, para hacerles solidarios, para resolver su distancia y separación en trances de cultura y progreso, se necesita más tiempo, este sí tiempo cronológico. El metro-hora acusaría más unidades de medida requerida para la dimensión social de pueblos huraños y esquivos que así son o así fueron de seguro por la acción telúrica que el ambiente produce y por las dificultades inherentes para la intercomunicación que ese mismo ambiente, por su realidad geográfica y topográfica, supone en esencia. La llanura, al contrario, presta comodidad de unión y de acercamiento, lo cual implica menor distancia, menor metro-hora de espíritu a espíritu, lo que equivale a decir mayor potencia de comunidad humana, y, por lo mismo, social.

¿Qué nos dice América, pero la América hispanoindígena, a este respecto? ¿Cómo se explica el hecho de culturas nacionales americanas, pero culturas de selección minoritaria en cada pueblo y no un tipo cultural que corresponda a todos, porque hay desigualdad fuera de lo normal, en el desarrollo de la vida social americana? ¿Cómo entender aquello, ya apuntado al comenzar estas divagaciones, de coexistir dos edades, dos tiempos de cultura, dos sistemas de entender la vida y de luchar con y contra ella, de manera que simultáneamente asoma actualidad, es decir, preocupación por los menesteres del progreso integral, y asoma también anterioridad, pasado, ayer humano, es decir, lentitud, morosidad, indiferencia o impotencia para acelerar el paso y reducir distancias entre el hombre o grupos de hombres y sus obligaciones para con la cultura que cada tiempo lleva consigo?...

Recientemente, un libro maduro de reflexiones. "El Frente Americano" de Duncan Aikman, demuestra, o aspira a demostrar, que la calidad cultural de la América que se llama hispana, para separarla de la América inglesa de los Estados Unidos, acusa un grado difícil de lucha de veinte países con la geografía y acaso con la historia de sus respectivos pueblos. La geografía nos ha sido adversa y la topografía consiguientemente, según Aikman. Para este autor la montaña está potente en toda América en cuanto a obstáculo para un mejor y más igual desarrollo de la vida continental. La montaña o, en todo caso, las enormes distancias que dificultan el contacto interhumano o el éxito de la técnica moderna. Mientras los Estados Unidos promueven una evolución formidable, los restantes países del nuevo mundo apenas si demuestran sus esfuerzos para alcanzar mejor rol de cultura. La economía débil es obra también de esta geografía negativa; todo nos manifiesta, según Aikman, que abunda en crítica fuerte a toda la América que no es la suya —que una cultura es la de su patria, y otra que no se ha caracterizado aún como tipo preciso en cada pueblo, es la que se perfila en el resto de América. Esta tesis desborda razonamientos adversos para nuestros países. Los escritores norteamericanos, como Aikman, pasan en avión y a su regreso hacen libros de impresiones y de críticas severas con lo que inundan el mercado de su propio país. Por cierto, hay que admitir lo admisible y rechazar el resto. Lo admisible, en este caso, es que en verdad la desigualdad social, la desigualdad humana, demuestra la carencia de uniformidad en la gestión de la cultura hispanoamericana. No lo podemos ni lo debemos negar. Esta desigualdad es posible explicarla en primer lugar por las dificultades geográficas en que nuestros pueblos viven. Países cuyas cordille-

ras inmensas establecen barreras tremendas para la comunicación entre los hombres, solamente con paso lento —la lentitud está demostrada— ha sido posible dominar espacios y abrir sendas para el éxito de la rueda, símbolo de la técnica; y ha sido necesario que la aviación supere los obstáculos y reduzca las distancias. Pero todo esto es novedad y actualidad, lo que implica que aún no se ha restablecido el equilibrio indispensable en la obra sistemática que la cultura impone.

Pero no es esto apenas lo que hay que hacer notar. La distancia que el medio físico produce ha establecido la otra distancia social, el espacio interhumano que es su consecuencia. Hay lejanía física y lejanía de los espíritus en pueblos donde el contacto se torna difícil. Aparte de los grandes centros urbanos de casi todos los países americanos, la ruralidad implica justamente esta dispersión atomizada de los seres, el aislamiento. Las colectividades rurales ya no son colectividades en el sentido propio y específicamente social, sino pluralidad humana que es cosa distinta. La fisonomía rural en países de escasa población con relación al territorio, es siempre ajena a las peculiaridades de la fisonomía urbana y la sociología tiene que mirar de distinto modo a la una y a la otra para estudiarlas como es debido. En el agro, en el campo, el hombre es un ser distinto de su similar urbano: sus sentimientos, su emoción misma, su actitud vital difieren en forma notable según el medio en que cumple su misión. El campesino tiene otro tiempo de cultura de aquel que tiene el hombre de la ciudad; éste es más premioso y aquél más lento. De allí la diversificación necesaria en cuanto a determinar ritmos de marcha en función de cultura, al menos si no se ha logrado sincronizar el movimiento total de los pueblos.

Es fácil advertir que hay dos pueblos americanos, distintos en su contextura y aún distintos en su geografía e historia y que no obstante logran mayor unificación en sus etapas temporales de cultura. México es el uno y Argentina el otro. Dentro de ciertas diferencias, podría computarse además al Uruguay y a Chile. México logra convenientemente reducir las distancias entre los hombres porque les otorga facilidades de fijez en la tierra ejidal o en la parcelación intensa. Esta política agraria quiere decir, sociológicamente, la mayor posibilidad para ponerles en acercamiento porque en verdad lo que se ha hecho es quitar angustias a los hombres por la dolorosa realidad de su miseria, que es tanto como acercarlos para el progreso y unirlos en su voluntad de dominio y de triunfo. México ha hecho en el agro tanto o más que en la ciudad, puesto que allí era preciso armonizar la vida para el nuevo ritmo de cultura, para sin-

cronizar el tiempo, para igualarlo al restante minuto nacional mexicano. Es decir, se ha rebajado considerablemente la violenta distancia social entre los hombres de un mismo pueblo a fin de que no persista el pasado feudal junto al presente agrario con su técnica característica. Lo que equivale a manifestar que ha sido posible, dentro del fatalismo geográfico, imponer sistemas de éxito social frente al obstáculo del espacio físico. Por su parte, Argentina, acude a otros medios totalmente diversos. No es la política del vencimiento al obstáculo del ambiente físico o de la tierra, sino la política que tiende a la unificación humana y, si se quiere, racial. El indio o el gaucho, el rudo campesino, el hosco hombre del agro, son siempre lastre pesado que retarda toda marcha. La inmigración en masa, con el ejemplo de los Estados Unidos, imponía el éxito mestizo del pueblo cosmopolita que aspira a convertirse en extensión americana de Europa. Es claro que Argentina no es ya obra acabada de este sentido, pero sí un esfuerzo complejo de lucha progresista. Allí se tiende a poner hombres iguales en todas partes, aunque el medio en que se les sitúe sea desigual. La pampa no es otra cosa que un desquite de la ciudad absorbente. La pampa quiere ser nueva vida abierta horizontalmente, es decir, apta para sincronía vital y de cultura. La pampa es espacio llano que favorecería el desarrollo en ritmos de aceptable igualdad social.

En los demás países subsiste el problema tremendo, en unos más acentuado que en otros. La cultura se combina de tragedias de tiempo y espacio; éste resulta dominador en cuanto impone una modalidad retardada para aquél. La cultura es aún distinta en su grado para unas realidades sociales respecto de otras. Es amargura de lejanía en unos grupos de hombres que no aciertan, que no pueden acelerar su andar; mientras otros grupos se adelantan por su cuenta porque su velocidad es más segura y, por lo mismo, su paso más adecuado a sus imperativos de camino hacia adelante. Por cierto, la cultura existe aunque diversificada y varía y será menester tiempo para unificaciones de indispensable necesidad americana.

Lo que acontecerá es que la geografía perderá su exclusivismo dominador. Los Andes no se los quita ni se los aplana con nada, sino que se los trasmonta, se los vence, se los sobrepasa. La llanura litoral de todos los países seguirá siendo centro dinámico de acción social, pero ello no será óbice para que los pueblos de montaña logren mejor ritmo en su progreso. El Brasil, por ejemplo, magníficamente estudiado en su sociología por Carneiro Leao, demuestra cómo el pueblo avanza paulatinamente de la llanura a la montaña en la inmensidad de aquel país que es llanura colosal hacia el Océano, pero es altura formidable hacia el interior de su



inmenso territorio. Chile es montaña más que llanura y su pueblo consagra perfectamente el triunfo de su historia pese a su geografía o, más concretamente, a su orografía desfavorable. Bolivia hace lo mismo, no obstante la tragedia de su altura semejante a las alturas peruanas, ecuatorianas y colombianas, en parte, es natural que esta labor implica tiempo. El tiempo cronológico es imposible reducirlo, aunque lo sea el tiempo como denominador de cultura humana. Tiempo social se reduce enérgicamente porque se gana en velocidad, que en fin de fines es reducción de las distancias.